



La Lectura Popular

AÑO XXI.

Orihuela 15 de Diciembre de 1902.

Núm. 464



D. JOSÉ MARÍA CLAYARANA
y Bofill

falleció el 20 de Diciembre de 1899

R. I. P.

El director de «La Lectura Popular» suplica encarecidamente á las personas caritativas rueguen á Dios por el eterno descanso del alma del finado.

LECTURAS POPULARES

Dentro de breves días se pondrán á la venta en la administración de este periódico las nuevas ediciones de los cinco tomos de artículos originales de D. ADOLFO CLAYARANA que van publicados hasta ahora, y que por haberse agotado los ejemplares no podíamos servir á los que los pedían.

Terminado el último antes de fin de año entrarán en prensa los tomos 6.º y 7.º

SOCIOLOGÍA SPENCERIANA

«Hame dado en la nariz olor á berraganía» exclamaba indignada una señora en cierto drama muy conocido.

Cosa análoga exclamamos nosotros el día que leímos los proyectos de reformas del famoso Montilla relativos al matrimonio; y los planes del gran Romanones relativos á la enseñanza.

¿Dónde hemos visto nosotros estas caras? nos preguntábamos ¿dónde el abrevadero en que han refrigerado estos señores el or-

gano de las ideas para que produzca los esperpentos que han dado á luz en sus respectivos ministerios?

Y he aquí que hace unos días, leyendo un trabajo de nuestro eruditísimo Prelado tropezamos con unas citas de Spencer que repentinamente nos dieron luz.

Oigan nuestros lectores lo que dice el maestro inglés que ha tomado por director la democracia radical española, y vean (entre paréntesis) la suerte que les espera cuando lleguen á traducirse en leyes las ideas de nuestros super-homos.

«El bienestar de la humanidad, dice Spencer, está asegurado por la disciplina despiadada pero bienhechora de la naturaleza que aplasta á los incapaces con la pobreza, á los perezosos con la desnudez y á los débiles con la miseria. Tales son los efectos de una benevolencia inmensa y previsoras.»

Y añade:

«Las sociedades que producen de generación en generación un número de individuos mejor dotados física, moral, é intelectualmente, llegarán á ser preponderantes.... Por consecuencia, deberán propagarse las relaciones conyugales que favorecen este resultado y las demás deberán ser condenadas como inmorales.»

¿Quién al llegar aquí no descubre la figura del Sr. Montilla cerrando el libro y diciendo para sus adentros «Eureka», «¡Me inmortalizo si suelto una ley para que no puedan casarse los enfermos, los raquíticos, los débiles, y los feos. De esta regenero nuestra raza como se regenera la caballar.»

Y á Romanones añadiendo: «Anda Pepe, que si tu empiezas y te atreves con el matrimonio para que las generaciones den individuos mejor dotados físicamente, yo me encargo de que intelectualmente resulten preponderantes acogotando la enseñanza de curas frailes y monjas.»

Y á Gonzalez y Canalejas exclamando: «¿lo ven ustedes? ¿Ven ustedes cómo la ciencia está á nuestro favor y tenemos razón para enfadarnos con el viejo pastor que nos capea? ¿Ven ustedes cómo hay que avivar la camorra religiosa y acabar

pronto con el clericalismo enemigo implacable de las ideas nuevas?»

Y en eso tienen razón; porque no es posible que la Iglesia deje de ser enemiga de la barbarie nueva como lo fué de la vieja y de todas las barbaries que traten de hacernos retroceder al tapa-rabo.

Después de todo las tales ideas son más viejas que el andar á pié.

La ciencia sociológica de los Spencer, Büchner y comparsa, donde beben sus doctrinas nuestros flamantes demócratas radicales, no es otra cosa que la antigua sociología pagana vestida á la moderna con levita y sombrero de copa.

Platón en su República Modelo proponía hace dos mil doscientos años que á los enfermos, tullidos, sarnosos etc. se les dejara abandonados en el templo de Esculapio para que pereciesen de hambre.

Y Ciceron opinaba hace veinte siglos que era cosa indigna del hombre dejarse llevar de la compasión y que por eso eran convenientes las luchas del circo que endurecían el corazón.

Para aquella gente la humanidad era un rebaño de bestias.

Pues véase como, en eso de tratarnos á lo bestia les han copiado sus discípulos.

«Alimentar á los incapaces dice Spencer, á espensas de los capaces, es una gran crueldad; es legar miserias á las generaciones futuras»

A lo que añade Büchner, hablando más claro.

«La supresión violenta de las razas inferiores esta justificada pues con ella se consigue la substitución de un tipo inferior por otro más elevado.»

O lo que es lo mismo; que á los hombres hay que tratarnos como á los carneros, los caballos ó los perros, elevando los tipos por medio de cruzamientos, en razón á que las razas mejor dotadas, física, moral é intelectualmente, resultan preponderantes.

Por lo cual hay que dejar que los débiles y los incapaces se mueran de hambre, ó bien suprimirlos violentamente como dice Büchner ó guillotinarlos como pe-

día Zola y publicaba *El Liberal*.

Esas son las bárbaras campanas que hoy suenan por todas partes en el campo de la política liberal hija de la sociología moderna.

Y quien no las oiga, mal anda de oído.

Léase el artículo de Zola titulado *Mis odios*, que comentamos días pasados en LA LECTURA POPULAR: véanse las ideas materialistas de ese ateo y los entusiasmos de los liberales que le han aplaudido y dígasenos si el camino emprendido por la moderna democracia evolucionista, no es el camino del ateísmo, de la barbarie, de la tiranía y la disolución.

El Heraldo de Madrid, órgano del Sr. Canalejas cuyas inspiraciones políticas y sociales recibe y refleja, con motivo de la muerte de Zola, el más repugnante y crudo de todos los materialistas conocidos, publicaba hace poco un artículo en el cual después de llamar al impío escritor *sol, genio, grande hombre, gran figura, austero y grave como Moisés, espíritu prodigioso, gran artista, corazón de generosidad inagotable que amó el bien y la vida*, afirmaba que Zola PREDICÓ A LOS HOMBRES EL EVANGELIO DE UNA HUMANIDAD REGENERADA Y NUEVA.

Es decir que según el *Heraldo*, el ateo Zola predicó el verdadero Evangelio.

Si esto no es profesar el ateísmo; si esto no es aplaudir la barbarie; si esto no es abofetear la civilización cristiana y renegar del sentido común venga otro y dígalos.

Y ahí tienen ustedes la sociología moderna madre de la democracia que profesan nuestros grandes hombres puesta en solfa para que se vea como es.

¿Qué les parece á ustedes: nos regenerará el nuevo específico?

Hay que decirlo claro.

Se trata de llevar á España y á los desdichados que la habitamos, por el camino que tienen trazado un puñado de sectarios sin ciencia y sin conciencia en cuyas manos han caído los destinos de Europa por culpa de nuestras concupiscencias y divisiones.

¿Lo lograrán?

No lo sabemos.

Pero pobre pueblo si triunfan esos hombres; pobre civilización, pobre libertad, pobre democracia verdadera nacida en aquel humilde establo donde el Verbo Humanado comenzó abriendo cátedra de verdadera sociología para enseñar que los hombres somos hijos de Dios y que todos somos hermanos.

Jesucristo humillándose hasta nacer entre bestias nos elevó á la altura de los ángeles.

El liberalismo cegado por la soberbia se ha propuesto volvernos bestias para cabalgar encima de nosotros.

Conviene que el pueblo se penetre de estas cosas porque él es el primero que sufre el latigazo.

ADOLFO CLAVARANA.

Escrito lo que antecede ocurrió el tumbó político y cayeron los super-hombres radicales para ser reemplazados por los liberales conservadores cuyo jefe Sr. Silvela acaba de abrir su pecho en el primer discurso para exponer doctrinas que revelan su parentesco con los caídos.

Los mismos perros con distintos collares.

Ya nos ocuparemos de este nuevo filósofo.

PENSAMIENTO

Hijos, somos de Dios todos los hombres y todos somos hermanos. Esta verdad, proclamada altamente y en todo tiempo por la Iglesia, ha hecho brotar de su seno heroicos sacrificios. Allí donde los sacrificios son imposibles, ha avivado el fuego sagrado de la oración y ha abierto los tesoros de la limosna. Ante el Verbo encarnado, muerto por la salud del mundo, el más despreciado, el más vil de los salvajes es á los ojos de un cristiano cuanto puede ser el ciudadano más encumbrado. El cristiano no canta, como los pretendidos amantes de la humanidad, en las calles y en las plazas «los pueblos son nuestros hermanos» pero en lo interior de su corazón siente vibrar dolorosamente las fibras de su amor fraternal cuando se acuerda de las naciones sentadas aún entre sombras de muerte. El cristianismo no clama locamente por el universal y execrable triunfo de la libertad sobre las ruinas de todo poder; pero quisiera que la humanidad entera se viese libre del vergonzoso cautiverio del pecado. El cristiano no pretende inocular en todos los pueblos el virus de la revolución y hundirlos en una común impiedad; pero si él pudiera, los bañaría á todos en la sangre de Jesucristo y llevaría hasta los polos del mundo los beneficios de la encarnación reparadora.

L. Monsabré

LA SALUD DEL PUEBLO

Jesucristo es la salud del pueblo; la virtud de su palabra es la única medicina capaz de ablandar el corazón de los ricos, remediar las necesidades de los pobres y devolver al mundo esa santa paz sin la cual ninguna nación puede vivir aunque le caiga el oro por la chimenea, y le llueva la ilustración á chaparrones.

Abramos la historia y demostremos esta gran verdad.

Cuando Jesucristo vino al mundo, el

pobre era un ser despreciable explotado por la ambición de los poderosos: era un esclavo.

En los últimos tiempos de la República Romana, el pueblo llegó á estar completamente perdido; las fortunas eran tan desiguales que apenas en toda Roma había dos mil propietarios; pero estos eran tan ricos, que poseían medio mundo; y tan avaros y corrompidos, que todo lo devastaban.

Para sostener su lujo arruinaban pueblos enteros.

Salustio decía:

«El procónsul sale pobre para la rica provincia, y vuelve rico dejando pobre á la provincia.»

El honrado Cicerón en un solo año se trajo de Sicilia cerca de cuatro millones de reales, y era de los más honrados.

Al caer la república eran tantos los miserables que había en Roma, que, de un millón doscientos mil habitantes libres, la mitad vivían de limosna y de los donativos del Estado, y la mitad de la otra mitad, vivía enteramente á cargo de la nación.

En cambio el lujo de los próceres llegaba hasta la locura. No sabiendo en qué gastar el dinero para satisfacer la vanidad, construían estanques de peces en los terrados de las casas, y plantaban jardines en lo alto de las torres.

Por un capricho, mandó Calígula descuajar una montaña entera.

Este mismo emperador que era tan avaro como caprichoso, se divertía, entre otras cosas, en revolcarse en cueros sobre montones de oro.

Cuanto á las glotonerías de aquella gente baste decir que, para comer los pescados de mar completamente frescos, hacían que se los presentasen vivos en la mesa, y se recreaban en observar como el pez moribundo iba cambiando de color á medida que perdía la vida. Otras veces disolvían perlas de gran valor en las copas de vino para consumir de un solo trago la fortuna de cien familias.

Estas y otras iniquidades dieron lugar á las crueles guerras llamadas sociales. En esas guerras salvajes, los pobres degollaban á los ricos cuando podían; y los ricos despachurraban después á los pobres cuando les tocaba el turno.

Cuando Mario jefe de los socialistas entró en Roma al frente de sus hordas, la carnicería duró cinco días dentro de la ciudad; en cambio Sila, general de los ricos, degolló después de un solo tiron ciento diez mil perdularios.

¡Qué cuadro!

Allí estaba representada la civilización pagana; (la civilización liberal, que diríamos ahora); aquellos eran sus frutos,

¿Y cómo podían ser otros? Entonces nadie pensaba en la doctrina de la Cruz; no se conocía la idea del sacrificio; la abnegación era una necesidad, la pobreza una calamidad. En aquella sociedad nadie se proponía otro fin que el de hacerse rico y gozar; porque nadie creía que hubiese más vida que la presente. ¿Qué extraño es que estas ideas apagasen poco á poco las de justicia y de caridad, despertasen el egoísmo y el pueblo sufriese las consecuencias?

Tal vez digan que entre aquellas gentes había grandes sabios, grandes filósofos, grandes poetas, grandes oradores...

Es cierto; pero eso mismo demuestra lo poco que aprovecha la filosofía, la sabiduría, la poesía y la charlatanería para el efecto práctico de dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento y vestir al desnudo, cuando falta la fé en el corazón.

Aquellas gentes, con toda su filosofía, convenían siempre en una misma máxima: «*Comamos y bebamos que mañana moriremos:*» con lo cual ya podrá calcularse lo que sería su caridad.

Platón (el llamado *divino Platón* por sus sublimes ideas,) opinaba que las autoridades debían expulsar de la nación á los pobres «para limpiar el suelo patrio de esta clase de bestias.» (Leyes, cap. IX.)

El mismo Platón, en su *República Modelo*, proponía que, á los pobres, enfermos, tullidos, sarnosos, etc. se les dejara abandonados en el templo de Esculapio para que muriesen de hambre.

«Si un pobre cae enfermo, dice, es preciso dejarle morir; de todos modos el médico no debe tomarse la menor molestia para curarle.» (De Republ., III.)

Plutarco decía: «Hace una mala obra con el mendigo el que le dá de comer ó de beber; porque además de perder lo que dá, su limosna contribuye á prolongar las angustias de tan mísera vida.» (Turin act. II sec. 2.)

Cicerón decía que es una tontería indigna del hombre dejarse llevar del afecto de la compasión, (Pro. Muren CXXIX. y XXX.) y que por eso las luchas del Circo que endurecían el corazón eran convenientes.

Virgilio en sus *Geórgicas* enumera entre otras de las ventajas de la vida campestre, verse libre de la incómoda presencia de los pobres. (Georg. II 499.)

Aristóteles en su *Política* (II, 1; VI, 2; I, 3;) emitía estas ideas respecto á los trabajadores:

«Los trabajadores no merecen el nombre de ciudadanos;» «échase de menos en ellos todo concepto noble;» «no existe diferencia alguna entre los esclavos y esa

clase de hombres que la naturaleza ha creado para que con su cuerpo trabajen para nosotros»

Estas eran las ideas que profesaban aquellos *grandes republicos*, aquellos *grandes sabios*, aquellos *grandes hombres*; ¿qué tal andarían los pequeños?

No es extraño que el pobre llegase á ser tan despreciado que hubiese un Lucio Murena que mantuviera sus anguilas con carne de esclavos arrojados vivos á los estanques.

Pero vino Jesucristo, y de tal modo cambió la suerte del pobre, que el pobre llegó á ser respetado como imagen de Dios. Las máximas cristianas sobre la riqueza y la pobreza sobre la alegría y el dolor, transformaron las ideas de los hombres; al cambio de ideas sucedió el cambio de costumbres; al cambio de costumbres el de las leyes y la sociedad se transformó por completo.

Y es que las palabras del Divino Redentor eran sublimes y decisivas.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

«Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados.»

«Venid á mí todos los que estais cansados que yo os aliviaré.»

«Al modo que mi Padre me amó así os he amado. Perseverad en mi amor. Amaos unos á otros.»

«Lo que hiciéseis con el más humilde de mis hermanos lo haceis conmigo.»

«Dad y se os dará.»

«El que diese de beber á uno de esos pequeñuelos un baso de agua fría... en verdad os digo que no la perderá.»

«No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra donde orin y polilla los consume y en donde los ladrones los desentierran y roban.»

«Ateorad para vosotros tesoros en el cielo en donde ni los consume orin ni polilla ni en donde los ladrones no los desentierran ni roban.»

«¡Ay de vosotros los ricos porque tenéis vuestro consuelo!»

«¡Ay de vosotros los que estais hartos porque tendreis hambre!»

«¡Ay de vosotros los que ahora reís porque gemireis y llorareis!»

«¡Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!»

«Mas fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar el rico en el reino de Dios.»

Estas verdades dichas por quien resucitaba los muertos de tres días, y calmaba las tempestades con solo su palabra, calmó de tal modo las ambiciones humanas,

que desde aquel día los pobres empezaron á respirar.

Entonces se presentó en la historia un fenómeno nunca visto: la pobreza voluntaria.

Los paganos al ver á los cristianos socorrerse unos á otros y desprenderse de cuanto tenían para darlo á los pobres, estaban pasinados.

«¡Mirad como se aman!» decían.

Y en efecto; el amor y la fraternidad llegó á tal grado, que entre los primeros cristianos vino á ponerse en práctica el *comunismo* de un modo natural y espontáneo.

En las actas de los apóstoles se leen estas palabras:

«Toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma, ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, sino tenían todas las cosas en común.» (CIV, 32; vease V. 4.)

Es decir, que voluntariamente se puso en práctica ese *comunismo socialista* con que hoy sueñan el *compañero* Iglesias y demás partidarios de la nivelación social.

Y no sólo esto, sino que más tarde, habiéndose entibiado la fé y habiendo desaparecido aquel comunismo de intereses que sólo podían sostenerse por la caridad, aun quisieron los más fervorosos llevarlo á la práctica, y reuniéndose en comunidades, fundaron las órdenes Religiosas para seguir el consejo del Divino Maestro.

«Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.»

Ahora pues, en vista de todo esto que nos ha enseñado la historia, ustedes crearán que los que hoy se llaman amigos del pueblo serán los más grandes amigos de Jesucristo y de su Iglesia, defensores acérrimos de las órdenes religiosas, etc. etc.

Pues nada de eso. Esos precisamente son los que hoy levantan su mano contra el Catolicismo para derribarlo, y, si fuese posible, alzar sobre él otra vez aquel antiguo paganismo *liberal* que mantenía las anguilas de los ricos con la carne de los pobres.

¿Vas entendiendo, pueblo?

ADOLFO CLAVARANA

SECCION RECREATIVA

El pavo desgraciado

I

Nació bajo la ardiente pechuga de su madre en compañía de diecisiete hermanos, pero salieron todos del cascarón antes que él, porque él era el más débil de todos.

Al salir, su madre quiso ayudarle á picar el huevo y lo dejó tuerto.

Otro día quiso abrigarlo en el nido y le rompió una pata.

Más adelante, picando hormigas, se tragó una araña venenosa y le sobrevinieron unas calenturas malignas que le dejaron como un muerto desenterrado.

—¡Vaya un porvenir!—decía la vieja que le cuidaba mirándole de reojo;—á este animal habrá que echarlo al estercolero.

En efecto, el pobre pavejo nunca llegó á echar luz; no le crecía el moco; las hermosas carúculas de sus hermanos estaban rojas como pimientos, y las suyas tenían color de castaña pilonga.

Esto no obstante, lo que no echó en cuerpo lo echó en patas, lo que no hizo la pechuga lo hicieron las plumas, y la vieja pudo venderlo y salir del mochuelo.

II

El que lo compró era un labrador que tenía que pagar al amo las adhalas del año. Como se lo dieron barato, lo adquirió para endosar al amo la píldora y quedar cumplido. Mas no bien cayó en casa de éste, fué arrojado de ella ignominiosamente y llevado al mercado para que otro prójimo cargara con él.

Después fué vendido de nuevo.

Después otra vez.

Hasta que, por último, fué colocado definitivamente en el gallinero de una casa rica donde tanto montaba pico más como pico menos.

Las aves compañeras, al verlo, empezaron á hacer ascos.

—¡Qué animal tan feo!—dijo una polla remilgada.

—No debe estar bueno,—contestó una gallina ponedora que era el ídolo del corral.

—A éste tendré que darle pasaporte,—saltó un gallo pependiero molestado con la presencia de aquel compañero de cazuela, cuya única cualidad sobresaliente era el apetito.

El pobre animal se hizo el muerto para evitar el conflicto, y trató de suavizar las relaciones con sus compañeros; pero al llegar la hora de comer intentó tomar su parte y se rompieron las hostilidades.

Al día siguiente estaba hecho una lástima; hasta los pollejos de primera tijera se le habían atrevido y le habían puesto la cabeza como chorizo comido de ratóns.

El ama de gobierno, viendo aquella lástima, no tuvo más remedio para salvar la víctima que separarla de sus perseguidores.

El desdichadísimo pavo fué colocado en un desván donde apenas entraba luz, y allí pasó la primavera, el verano, y el otoño, y el invierno, sin más distracción que la de asomar el pico por una claraboya y respirar el aire que subía de una terraza contigua, desde donde oía á sus hermanos, que contestando á los gritos de vecindad gritaban alegres: ¡Gurugú! ¡gulú! ¡gulú!

III

—¿Habrá otro ser más desgraciado que yo?—exclamó un día filosofando sobre su situación.—O no existe ese Júpiter que llaman Dios de los animales, ó si existe es más animal que yo; porque, si conoce las leyes de la justicia, ¿cómo ha consentido que yo haya sido tan desgraciado desde el primer instante de mi ser natural?

El desgraciado pavo, sin darse cuenta de ello, se había hecho racionalista.

—No creo en Júpiter,—dijo insistiendo en su monólogo:—á lo menos no creo en su justicia, porque si fuera justo yo no sería un pavo desgraciado.

En esto se asomó una cabeza por la claraboya.

—Será Júpiter que me ha escuchado,—pensó el pavo.

—Parece que toma carnes,—dijo una voz.

—¿Que tomo carnes? Indudablemente Júpiter anda en esto. Ha oído mis quejas y ha comprendido que tengo razón.

A los pocos días renováronse los cuidados; el pavo ganó en peso; el moco tomó color.

Al fin triunfo,—pensó el pavo, contoneándose y tratando ya de hacer la rueda.

¡Clas! ¡Clas! ¡Clas!

—Aún la hago mal.

¡Clas! ¡Clas! ¡Clas!

—Ya la hago mejor.

La cabeza volvió á asomarse por la claraboya.

—Ya hace la rueda,—dijo la voz.

En onces se abrió la puerta del desván y el pavo fué cogido por las patas y alzado en alto.

Después fué atado con un cintajo negro; colocaron su cabeza sobre un lebrillo; le pelaron el cuello, y después Júpiter, ó sea la tía Ramona la cocinera, le metió el cuchillo por el gargüelo.

Mientras la víctima pateaba, la tía Ramona le introducía los dedos entre las plumas para tentarle la pechuga.

—Este animal debe estar más duro que el gallo de la Pasión. Se habrá comido más salvado que vale él y toda su casta. ¡Cuidado con haber pasado dos años mantenido á pico de rollo como un señorón!

En efecto, el pavo desgraciado, el que se quejaba de Júpiter, gracias á sus *desgracias*, era el único de sus dieciséis hermanos que había logrado substraerse durante dos años cabales al cuchillo implacable de todas las cocineras del lugar.

Mientras sus hermanos habían ido cayendo uno á uno en el abismo de las pepitorias, ó picados como el marqués de Villena, habían sido reducidos á pelotas, él, tranquilo en su desván, comiendo y bebiendo como un príncipe, ni siquiera había tenido que sostener esas luchas de la cazuela tan frecuentes en la vida social.

Pero cesaron sus *desgracias*, y aquel día la pepitoria fué con él.

¡Cuántos pavos hay en el mundo que claman contra el cielo al verse agobiados por las penas, sin tener en cuenta que aquellas penas son el valladar con que la Divina Providencia los detiene en su perdición!

Pobres de la tierra, acordaos del pavo desgraciado y pensad que todos los sufrimientos que Dios nos envía, todos, absolutamente todos, son para nuestro bien.

ADOLFO CLAVARANA

CANTARES

DE NOCHE-BUENA

¿Quién no canta una canción al llegar la Noche-buena?

Ahí van esos villancicos al són de mi pandereta:

Digan las sonajas:
«Cantemos á Cristo,
el de ojos de cielo
y alburas de lirio.»

Sobre el portal de Belén
cuelgan del cielo una escala,
y para ver al Dios-Hombre
ángeles suben y bajan,

Los que bajan dicen:
«A verle venimos.»
«Su gracia—los otros—
al cielo subimos.»

Todos los cetros del mundo
van á ofrecerle los hombres,
pero él no ansía más reino
que estar en los corazones.
Más quiere cariño
que incienso y que oro,
más quiere una risa
que cetros y tronos.

Quando nació Jesucristo
hubo una lluvia de estrellas,
como si el cielo arrojara
flores sobre su cabeza.
Y cada lucero
bajaba cantando:
«¡De sus vivos ojos
las luces copiamos!»

Almireces y zambombas
se van sordos á quedar,
unos porque roncan mucho
y otros porque chillan más.
Truenen las zambombas
y los almireces
y venga la cena
con dulces y nueces.

Que eche una canción la bota
y otra canción la botella,
y digan las dos canciones:
«¡Esta noche es Noche-buena!»
Se abracen los padres,
también los hermanos,
y los enemigos
se tiendan las manos.

SALVADOR RUEDA.

BIBLIOGRAFÍA

EXPLICACION DE LA SANTA MISA. Por el Rdo. P. Martín de Coche n, seguido de cuatro ejercicios para oír la Santa Misa y de otros dos para confesión y comunión. Versión española por María de Jesús Haghen'eck de Rincon Gallardo. Devocionario editado esmeradamente por la casa Benziger y compañía de Einsiedeln (Suiza) y cuyo texto devoto lo consideramos sumamente útil á las personas piadosas. Se halla de venta en la librería católica de D. Miguel Casals—Pino 5 Barcelona.

EL LIRIO ENTRE ESPINAS O EL APOSTOL DE MARIA INMACULADA. Venerable P. J. Duas Escoto, por Fr. Samuel Eijan O. J. M. del Colegio de PP. Franciscanos de Santiago. Esta obra forma una colección de poesías en honor del apóstol de la Inmaculada y se vende en casa del editor, Consejo de Ciento—251—Barcelona á 2'50 pesetas ejemplar.

ABEJAS MISTICAS DE SAN FRANCISCO DE SALES ó la vida devota bajo el emblema de las abejas traducción de Enrique Masseur.

CONVENIENCIA DE DEFINIR COMO DOGMA DE LA FE LA ASUNCION DE LA VIRGEN. por el Rdo. P. Fr. Eusebio de la Asuncion Carmelita descalzo.

Estas dos interesantes obritas hallanse de venta en casa del editor Consejo de Ciento, 251 Barcelona.

LA LECTURA POPULAR

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Párrafo 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.